

La parábola de la higuera (Lc 13,1-9)

Querida comunidad y queridos hermanos:

Esta parábola final que hemos leído, es de una actualidad candente y sobre todo inquietante para nuestra conciencia. Aquel individuo que viene a buscar frutos en nuestra planta, no es uno sólo. Él, en todo caso tiene la costumbre de delegar a innumerables individuos con quienes nos cruzamos en nuestro camino, para que vengan a cobrar. Todos estos tienen derecho a encontrar en la existencia de un cristiano, de un monje o monja, algo bueno que llevarse a la boca, algo que ayude a vivir, que autorice a esperar.

Es inútil hacerse ilusiones: aquí la higuera no es de nuestra exclusiva propiedad. El cristianismo -y en él la vida monástica- no es un hecho privado que podamos cercar con las estacas de las observancias religiosas para sentirnos a salvo. No se trata de cultivar nuestro jardín religioso para una satisfacción personal, o para que Dios agradezca nuestras ofrendas florales. Ser cristianos o monjes, significa estar expuestos: sí, expuestos. Todos tienen derecho a meter la nariz en el lote de terreno que se nos ha asignado, para controlar si cultivamos una porción del Reino de Dios, si transformamos el desierto en tierra fértil; o si nos preocupamos de darnos un carnet de personas de bien, o de llenar el tiempo libre con cualquier trabajo no excesivamente comprometido, no demasiado costoso, que

¹ El P. Evangelista VILANOVA es monje de Montserrat y profesor de la Facultad de teología de Cataluña. Es autor de la edición crítica de la *Regula Pauli et Stephani* (1959). Con el interés de ofrecer una rigurosa divulgación teológica ha publicado, además de otras obras, la *Historia de la teología cristiana* (1992), en 3 tomos. Es miembro del consejo de redacción de las revistas *Concilium* y *Phase*. Actualmente trabaja en la comisión sobre el Concilio Vaticano II. El texto que ahora presentamos es una homilía pronunciada en el Monasterio de la Asunción (Rengó, Chile), en octubre de 1998. Ofrece un adecuado complemento para la "contemplación" de la lámina con que se abre el presente n° de *CuadMon*.

podría hacerse útil eventualmente para el más allá. Si hacemos la verdad, o si nos contentamos con utilizarla para cualquier gargarismo inocuo. Todos tienen derecho a alargar las manos hacia los frutos de nuestro árbol.

Adelante, pues: con las calles de barro, las aceras a menudo llenas de sangre, las plazas contaminadas por palabras absurdas, la atmósfera envenenada por el odio o por la indiferencia, es natural, es lógico y justo que la gente se vuelva a nosotros pretendiendo hechos concretos de justicia, de limpieza y honestidad, de perdón, de lealtad, de coherencia. O también, solamente la capacidad de reconocer nuestras equivocaciones. Son nuestras obras -y sólo ellas- las que indican que nuestro Dios es un Dios de justicia, de misericordia, de verdad, de amor. Desgraciadamente, sin embargo, nuestra higuera produce desilusiones en todas las estaciones. Es rica solamente de promesas, de promesas no mantenidas, de esperas caídas en el vacío.

¿Y los remedios? En primer lugar, diría, un poco de penitencia. Sé que es un palabra devaluada, sin curso legal. Y sin embargo, sigue siendo un concepto capital del vocabulario cristiano y monástico. Y aunque algún sabiondo insinúe dudas atroces acerca de la actualidad de la mortificación y del sacrificio, desgranando expresiones como: culto de la personalidad, respeto de los valores humanos, teologías de las realidades terrenas, superación de la ascética tradicional en una visión antropológica positiva, no nos dejemos impresionar por estos juegos de dialéctica. La mortificación, para quien intente tomar en serio el mensaje de Cristo, es siempre actual. Los sacrificios no son extravagancias, como pretenden algunos. Y la puerta estrecha de que habla el Evangelio, es improbable que tenga una amplitud tal como para dejarnos pasar la carga de los trastos inútiles a los que no queremos renunciar de ninguna manera, y de las comodidades que llevamos con nosotros.

Es cierto que la mortificación no debe reducirse a un dolorismo suplementario, fin de sí mismo. Está en función de la vida, y esto lo tenemos que tener muy presente. Está al servicio del crecimiento personal, no de su aniquilación. Mortificarse significa dar muerte a todo lo que en nosotros obstaculiza la vida, bloquea la plenitud, distorsiona el sentido. Con la mortificación elimino todo lo que me impide ser yo mismo, y esta operación evidentemente no es indolora. Queda el hecho de que la mortificación aún con su aspecto austero, incómodo, es para la vida, no para una disminución de la vida.

En suma, una persona que acepta la penitencia es una persona que ama la vida: se mortifica porque tiene ganas de vivir. Solamente cuando

la vida no esté de moda, podemos también aventurarnos a quitar de la circulación la mortificación. 187

Y después, no olvidemos que las privaciones más agradables a Dios son aquellas de las que los otros pueden beneficiarse: *Señor, déjala todavía este año a ver si da fruto, si no el año que viene la cortarás*. Es otro remedio, la paciencia. Acojámonos también a la paciencia de Dios: pidámosle que espere todavía un poco; que nos abra el enésimo crédito de confianza. Pero me parece que no tenemos derecho a acogernos también a la paciencia de los hombres. Al contrario, tenemos necesidad de su impaciencia con respecto a nosotros. Quizá deberíamos tener el coraje para instarles y para decirles a todos estos que nos envuelven y nos miran: "Sean exigentes. No se resignen a ver su árbol estéril. Insistan. Pretendan mucho. No se concedan más dilaciones. ¡Grítennos que pueden esperar más! Exíjannos frutos en relación al hambre de ustedes. Continúen alargándonos la mano". Solamente pudiendo contar con la paciencia de Dios y la impaciencia de los hombres, nuestra planta de higos tiene la probabilidad de no ocupar abusivamente el terreno.

He aquí pues, una parábola que tiene para nosotros hoy un significado recapitulativo, como decía al inicio de esta Eucaristía: La paciencia de Dios, la impaciencia de los hombres. Y nosotros en medio, en una postura incómoda, es verdad, pero muy sana, muy evangélica. Que el Señor nos ayude pues, a comprender su exigencia y su gracia. Que así sea.

*Monestir
E-08199 Montserrat (Barcelona)
España*